

LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO ETNOLÓGICO NACIONAL Y LA CONSTRUCCIÓN GENÉRICA DEL ROL DE ANTROPÓLOGO¹

Marcela Echeverri

Departamento Nacional de Planeación

El Instituto Etnológico Nacional fue la organización encargada de promover la investigación antropológica en el país durante los años cuarenta. El presente trabajo se enmarca dentro de una investigación cuyo objeto de estudio es la profesionalización de la antropología en Colombia a través de la fundación de tal instituto, con el interés de comprender la especificidad que en este contexto adquiere la disciplina en el momento de su consolidación científica. Es decir que me he dispuesto teóricamente en oposición a los modelos ortodoxos que entienden estos procesos como el resultado de una difusión desde un centro, hacia una perspectiva que destaca la *localidad* como su condición de posibilidad.²

¹ El presente artículo resume una parte de la investigación realizada como tesis de grado en el Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes. Una versión anterior del mismo fue presentada como ponencia en la Muestra Estudiantil de Investigaciones Históricas, Universidad Javeriana, mayo de 1997 y en el Congreso de Historia de Colombia, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín y Universidad de Antioquia, agosto de 1997.

² En la posición ortodoxa es especialmente importante el texto de George Basalla, "The spread of western science revisited", en A. Elena Lafuente y M. L. Ortega (Eds) *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Ed. Doce Calles. España. pp. 599-604, 1993, mi posición puede ilustrarse con el libro de Patrick Petitjean, Catherine Jami y Anne Marie Moulin, (Eds) *Science and Empires*, Kluwer Academic Publishers, Netherlands, 1992, así como las discusiones en torno al tema en David Chambers, "Locality and Science: myths of center and periphery" y en Hebe Vessuri, "Intercambios internacionales y estilos nacionales periféricos; aspectos de la mundialización de la ciencia"; ambos en Lafuente y Ortega, *Ibid*, pp. 605-618 y 725-735.

Desde finales de la década del treinta del siglo XX y con especial fuerza en la década del cuarenta, la ciencia toma en Colombia una posición que es legitimada por el Estado.³ Como parte de este proceso, la fundación del Instituto Etnológico Nacional es un hecho histórico de especial interés para comprender las razones, motivos, circunstancias e influencias que determinaron las condiciones de profesionalización de la antropología en el país. Es decir, que a través de una comprensión histórica de lo que significa la fundación del instituto en cuestión, se quiere ilustrar la relación estrecha que existe entre la ciencia y la sociedad.⁴

A través de un análisis de la dimensión macrosocial del proceso de profesionalización de la antropología en Colombia, tal relación se observa entre la fundación de la empresa antropológica y los intereses de un sector social concreto como es la elite política liberal. Sin embargo, es también esencial reconocer las relaciones de neocolonialidad que implica la fundación del Instituto Etnológico en el año de 1941 bajo la dirección del etnólogo francés Paul Rivet, cuya influencia fue definitiva sobre la dirección que la antropología colombiana tomó desde sus inicios como disciplina científica.⁵ Teniendo en cuenta lo anterior, es decir, partiendo del reconocimiento de las características macroinstitucionales de la *antropología colombiana*, me he interesado por la dimensión microsocia de ésta, análisis que desarrollaré a continuación utilizando como herramienta el concepto de *género*. Pretendo con ello ilustrar la problemática de *ciencia y poder*, a través del desglosamiento de la actividad científica en una de sus características sociales como es el género.

³ Luis Duque, "Notas sobre las investigaciones antropológicas en Colombia", en *Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia*, Fondo de Investigación Científica "Francisco José de Caldas" (Colección documentos e historia de la ciencia en Colombia, Bogotá, 1970, pp 213-137; Jaramillo Uribe, Jaime *Notas para la historia de la sociología en Colombia*, en *Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia*, *Ibid*, pp 239-261; Fernando Uricoechea, "La institucionalización de la práctica científica en Colombia", en *Ciencia, tecnología y Desarrollo* No. 8 (1-4) Enero a diciembre, Bogotá, 1984.

⁴ Es decir que mi perspectiva se enmarca dentro de los estudios sociales sobre ciencia, que han sido desarrollados especialmente por la Sociología del Conocimiento Científico en la tradición anglo-americana desde la década de los setenta, con fines críticos y partiendo del carácter social del conocimiento científico. Este enfoque busca además tener una visión reflexiva sobre la historia de esta institución, reconociendo que ha tenido gran poder de decisión en nuestras sociedades. En este sentido es interesante por ejemplo el libro de Steve Woolgar, *Ciencia: Abriendo la caja negra*, Editorial Anthopos, Barcelona, 1991.

⁵ Marcela Echeverri, *El proceso de profesionalización de la antropología científica en Colombia. Un estudio de caso en torno a la difusión de las ciencias y su institucionalización*, en *Historia Crítica* No. 15, Revista del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Bogotá, segundo semestre de 1997.

En primer lugar evaluaré el género de la empresa antropológica —es decir su simbolismo como ocupación a partir de la función social que se le otorga en el país. En segundo lugar estudiaré el género dentro de la organización social que adquiere la empresa antropológica en la forma del Instituto Etnológico; partiendo de que este sistema es producto de una combinación de las construcciones de género de la sociedad, con aquellas de la empresa científica tal como emerge en el país durante la República Liberal. Además, cabe mencionar que estos aspectos no han sido explorados históricamente en relación con la empresa fundada en los años cuarenta en el país, y al hacerlo pretendo acercarme a la dimensión social de la ciencia, lo que considero esencial para la comprensión de su producción y de la incidencia de ésta en nuestra sociedad.

Esta doble dimensión del género, expresada en el título del presente artículo, me ha permitido abordar las dos inquietudes planteadas arriba a través de la solución de las dos preguntas siguientes: la primera es ¿cuál es el género de la antropología en los años cuarenta, es decir aquella que tomó forma al profesionalizarse en el IEN? En este sentido, al hablar de *género* de la antropología se define un *rol* social determinado en torno a lo masculino y lo femenino, con el cual entenderla. Esto me permitirá interpretar la valoración de tal profesión en el contexto nacional y a partir de ello explorar algunas de sus funciones en razón de ese género y ese rol.

La segunda pregunta es, en torno a la actividad antropológica: ¿cuáles roles asumen las personas —hombres y mujeres— asociadas al IEN? Esto último me lleva a preguntarme por la construcción genérica del rol de antropóloga a la vez que por el de antropólogo, pues su disposición expresa una cierta complementariedad en la organización de las funciones. Es decir, responder a la pregunta ¿qué funciones específicas desempeñan en razón de su género las personas vinculadas a la empresa antropológica en esta época?

Por lo demás, mi interpretación en este doble sentido parte de consideraciones teóricas acerca del género que quisiera exponer brevemente. Las construcciones de género en la sociedad, siguiendo a Sandra Harding, se dan en tres niveles: individual, estructural y simbólico.⁶ El primero es aquel en que se construye genéricamente un individuo en términos masculinos o femeninos y como tal se le asigna un comportamiento; el segundo corresponde a la organización social del trabajo en función del género individual, lo que abarca desde la división macro de las labores en lo público y lo doméstico —siendo el primero un espacio masculino y el segundo uno femenino— hasta la especialización de las tareas en torno a estos roles dentro del espacio público, es decir, cuando

⁶ Sandra Harding, *The science question in feminism* Open University Press, USA, 1986.

hombres y mujeres comparten este espacio —como es el caso que entraré a analizar. Por último, en el proceso de profesionalización de las ocupaciones también la simbolización genérica las recubre, como se ve a nivel general en la ciencia la oposición entre las ciencias duras y las blandas —unas masculinas y otras femeninas. Esto último se expresa y valora a partir de distintas dimensiones en torno al objeto de estudio y el método de cada disciplina, lo que ilustraré más adelante para el caso de la antropología. Siguiendo este marco conceptual entraré a analizar el simbolismo de género que recubre la empresa antropológica para responder a la primera pregunta que me he planteado, acerca del género de la profesión.

Valoración de género de la antropología institucionalizada

Partiendo de la relación entre ciencia y sociedad, para explorar la dimensión simbólica que tuvo la disciplina antropológica en el país, considero necesario, primero ver la función o el sentido que se le dio a esta empresa dentro del marco institucional, es decir como proyecto político. A partir de esto pasará luego a interpretar sus funciones en términos del simbolismo de género, tal como se expresa dentro de la misma sociedad. Antes, es importante evaluar brevemente la valoración que se le otorga a la ciencia en la sociedad, pues este es el punto de partida para preguntarse acerca de las relaciones de poder que ésta engendra y perpetúa.

El simbolismo de la ciencia como forma de conocimiento y actividad

El interés por analizar el género de la ciencia surge de la evidencia que se utilizan metáforas de género en la representación social de las labores. Como señala Claude Lévi—Strauss:

Hay una homología entre dos sistemas: el de las ocupaciones profesionales y el de los temperamentos, creencias respecto a las cuales aún hoy podemos preguntarnos si son totalmente arbitrarias o si no descansan, en cierto modo, sobre un fondo de experiencia y observación.⁷

⁷ Claude Lévi—Strauss, *La alfarera celosa*, Paidós Studio básica, Buenos Aires, 1986, p. 13.

Para Fox-Keller⁸ por ejemplo, la ideología de género es en gran parte mediadora de la emergencia de la ciencia moderna a la par que de las transformaciones políticas y económicas contemporáneas a este suceso. No entraré a explorar históricamente esta relación, pero sí es interesante ver que la ciencia en su totalidad se ha investido de un carácter masculino en relación con su alta valoración social y en oposición a lo femenino que es el símbolo de la naturaleza dominada por la actividad científica. Por lo demás, como dice Fox-Keller, la utilización de tales metáforas es común en el lenguaje de personajes como Francis Bacon, uno de los símbolos del surgimiento de la ciencia moderna: *masculino* en el sentido baconiano implica conocimiento privilegiado y productivo.⁹ Paralelamente, en tanto se difunde la concepción ilustrada de la sociedad, podría hablarse de que cada vez las imágenes de masculino/femenino se fueron adecuando a la división del trabajo necesaria para el capitalismo industrial, en que hay una domesticación del poder femenino al privilegiarse la razón masculina que se separa de aquello que se quiere conocer que es la *naturaleza*, lo *femenino*.¹⁰

En palabras de Sandra Harding “*lo científico y lo masculino* son constructos culturales que se refuerzan mutuamente”.¹¹ Esto ha sido así por cuanto la ciencia misma se ha planteado además, como conocimiento, en oposición a otras actividades y formas de conocer, como rigurosa y veraz. Al mismo tiempo su construcción en torno a un conocimiento neutral y representativo de un sujeto universal le ha dado herramientas para fortalecer esta imagen objetiva que en términos de simbolismos de género nos remite inmediatamente a lo masculino, a la razón y la dureza.¹² Evidentemente tales representaciones —sobre el género y la ciencia— son construcciones sociales que han tenido lugar como parte del desarrollo de un pensamiento científico en relación con la división sexual de las labores —la ciencia como una de ellas. Esto por cuanto la actividad científica ha generado una exclusión de otros conocimientos, colocándose en un lugar privilegiado en nuestra sociedad, en parte apoyándose en su simbolismo masculino, y así ha generado mecanismos de segregación educativa y laboral basados en el género —entre otros, excluyendo a la mujer de esta actividad y manteniéndose ésta en una posición marginal, operando dentro de otra esfera social que como señalaba arriba es la doméstica.

⁸ Evelyn Fox-Keller, *Reflexiones sobre género y ciencia*, Ediciones Alfons el Magnànim, Valencia, 1991, p. 52.

⁹ *Ibid*, p. 62.

¹⁰ Cristina Molina-Petit, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Anthropos, España. 1994.

¹¹ “‘scientific’ and ‘masculine’ are mutually reinforcing cultural constructs”, *op. cit.*, p. 63.

¹² Fox-Keller, *op. cit.*, p. 85.

Sin embargo es interesante que, como dice Harding, las reglas propias a la ciencia —sus supuestos de neutralidad y representatividad universal— requerirían que se eliminaran estas prácticas desiguales, como la segregación de la mujer de la práctica científica; el que en la realidad ello no sea así revela aspectos importantes sobre la dinámica de la ciencia en su práctica y en su simbolización: el poder que ella implica y la forma en que éste se conjuga con las formas de dominación de la sociedad misma.

En este sentido es importante tener en cuenta que el *simbolismo general de la ciencia* en cuanto forma de conocimiento y disciplina se reviste de un carácter masculino. Sin embargo, en relación con mi problema de investigación he encontrado que dentro de esta gran categoría, la ciencia se ha diferenciado en dos polos en relación con su método y su objeto de estudio, cargados a su vez de simbolismo de género. Concretamente se trata de dicotomías en cuanto a lo *duro* y *suave* de los datos, o al *rigor* de las ciencias naturales vs la *debilidad* de las ciencias sociales. Razón e intuición, materia y mente, naturaleza y cultura, son imágenes que llenan el contenido de la ciencia y que remiten a la oposición entre masculino y femenino.¹³ Por lo anterior, el sentido o la valoración que adquiere una ciencia como la antropología en un primer momento, se deriva de su carácter como ciencia: es portadora de un saber privilegiado y por ello es valorado como masculino. Más concretamente, sin embargo, adquiere la valoración de *débil* y *femenino* por pertenecer a las ciencias sociales, cuyo método y objeto se encuentran hasta hoy cuestionados, primero por su carácter altamente cualitativo, y en cuanto al objeto, por su condición de marginalidad dentro de la sociedad.

De acuerdo con lo anterior, me ocuparé de la forma como el simbolismo de género recubre la disciplina antropológica teniendo en cuenta que en tanto ciencia social, y particularmente por su metodología y objeto de estudio, se identifica en mayor medida con lo femenino. Además me interesa evaluar cómo ello mismo ha determinado la forma en que la sociedad, y en particular los hombres y mujeres implicados en este proyecto —por lo demás fue allí que la mujer tuvo acceso a la ciencia por primera vez—, se relacionaron con esta imagen.

Del simbolismo de la antropología como ciencia: Consideraciones en torno a su método y objeto

Partiendo del reconocimiento de la relevancia de la ciencia antropológica dentro de los proyectos políticos de los años treinta y cuarenta en Colombia —la

¹³ Harding, *op. cit* y Fox- Keller, *op. cit*.

modernización y la consolidación de la nacionalidad—, es importante resaltar que el principal fin de las clases dirigentes era promover una difusión de este tipo de pensamiento ligado a la revaloración del pasado indígena. Esto se articula con el quehacer antropológico en dos momentos: el primero es en el que se produce el conocimiento sobre lo prehispánico, es decir el campo de la antropología como ciencia, que se apropia de lo indígena como objeto de estudio y a partir de allí se da el segundo momento, el de la difusión de tal conocimiento que se plantea como fin principal educar al pueblo a través de medios como un museo, la realización de conferencias y la publicación de artículos dirigidos al pueblo en general, o a los encargados de su educación.

En cuanto a lo primero, de lo que me ocuparé en esta sección, evaluaré la simbología que acarrea la producción del conocimiento científico en el caso de la antropología colombiana, lo segundo lo analizaré en el apartado siguiente. Debo hacer antes una aclaración: el género simbólico no se proyecta ni se percibe por fuera de una oposición, por ello un mismo objeto puede ser definido tanto como masculino —con relación a un femenino— y en otro momento aparecer como femenino —por su valoración dentro de otra relación. Ello en virtud de la complejidad de las construcciones sociales, y en la medida en que la interpretación que de ello se haga corresponde también a los intereses de quien esté haciendo la comparación; es decir, se verá que de muchas maneras el simbolismo de género se transmuta para proteger y privilegiar el género individual masculino —que idealmente correspondería con los hombres— y así mismo en tanto las mujeres participen de alguna actividad pública, su trabajo será representado como femenino —el género simbólico coincidiendo con el individual—, y por lo tanto valorado en un menor.

En primer lugar la ciencia como forma de conocimiento que se apropia la élite adquiere —para el imaginario social— la capacidad de ser veraz y representativa en su explicación de los sucesos sociales y naturales; ello se deriva del poder político de la élite misma y la reviste de una simbología masculina, lo que reitera su valoración privilegiada. Por otra parte, el acto de conocer en la ciencia occidental es una relación que está cargada de simbolismos de género en que el sujeto es eminentemente masculino —el sujeto como cultura posee, se apropia del *objeto*, que aparece simbolizando a la naturaleza, y se reviste de su carácter pasivo y femenino. Esta es la esencia de la representación mítica del conocimiento científico que contiene la clave del poder que se le ha otorgado históricamente sobre los demás.¹⁴ Este primer punto me permite concluir que el acto de apropiarse científicamente de lo indígena por los(as)

¹⁴ Fox-Keller, *op. cit.*, p. 85.

antropólogos(as) reviste a lo indígena de un carácter femenino, como objeto, y a los agentes de la ciencia de uno masculino. Retomaré esto más adelante para considerar sus variaciones en torno al género individual.

En segundo lugar, en tanto la particularidad del objeto de la antropología la ubica dentro de las ciencias sociales ya he mencionado que su representación es la de una *ciencia blanda*, lo que se proyecta en su imagen dentro de la simbología de lo femenino. Así mismo, el objeto de que he hablado es lo *indígena*, que tiene un lugar marginal en la sociedad y que ha sido subvalorado en tanto sus rasgos culturales se habrían desconocido en el proceso de alejarlo hacia la subalteridad, en el ámbito de lo femenino. Efectivamente, de acuerdo con un testimonio de Roberto Pineda Giraldo, se hace clara la situación marginal de los mismos antropólogos dentro de la élite intelectual del país, debido principalmente a que la disciplina era considerada exótica —es decir extraña— a partir de la valoración de su objeto de estudio. En este sentido cabe recordar que la subvaloración de lo indígena era de tal magnitud, que la opinión generalizada sobre la antropología era que estudiar indios era perder el tiempo en cuanto era cosa del pasado, un objeto muerto; en palabras de Pineda Giraldo “se consideraba que estudiar los indios no tenía ninguna finalidad, como una cosa inocua”.¹⁵

Si se combinan estas ideas acerca de la antropología que como ciencia es masculina en cuanto a la relación de apropiación que plantea del sujeto sobre el objeto, y a su vez es femenina por la doble determinación que le da su objeto de estudio, es posible decir que ésta se trata de una ciencia androgénica, es decir, cuyas representaciones genéricas combinan elementos de ambas categorías, lo que impide que se la defina exclusivamente en una. Como ciencia, hay otro elemento que hace que la antropología sea valorada como femenina, es decir que contribuye a su carácter andrógono. Como etnografía, su metodología es en gran medida cualitativa. En casos particulares como la arqueología, la lingüística y la antropología física, busca la rigidez en métodos cuantitativos. Esta es la forma en que la antropología se ha enfrentado a la imagen que su objeto de estudio le da como ciencia blanda.

La antropología como educación

He hablado ya del sentido final que tenía la disciplina dentro de su contexto histórico: elaborar y divulgar el conocimiento antropológico a nivel de la población con fines educativos, nacionalistas, entendiendo esto como un acto de *enculturación* en masa con el objeto de construir nación. Esto mismo

¹⁵ Entrevista personal con Roberto Pineda Giraldo, noviembre 5 de 1996.

implicó dentro de la empresa una división del trabajo a gran escala, a partir del simbolismo de cada una de las actividades dentro de la sociedad; algo similar a lo que refería Fox-Keller¹⁶ acerca de la especialización de las labores en torno a lo masculino/femenino. De lo dicho en la sección anterior se desprende una idea sobre la etapa de recolección y análisis de la información en el país: la investigación de campo tanto como su interpretación teórica son actividades caracterizadas como masculinas, y como tales son privilegiadas al proyectarse en publicaciones por su carácter académico y especializado; es por ello que en la práctica estos espacios son llenados por hombres que estudian y trabajan en el instituto, a partir de la construcción del rol de género individual que establece que sea así.

Se podría decir que el campo de *difusión* en antropología no es necesariamente andrógono, como he caracterizado la parte investigativa —por su intersección entre los aspectos metodológicos y de su objeto—, sino que se define en su totalidad como femenino. Ello en cuanto la *educación* como proceso de socialización, es una labor que se atribuye desde un principio al género femenino, y así mismo las mujeres se encargan de ello dentro de la unidad familiar.¹⁷ En este sentido hay toda una parte de la tarea de esta disciplina en el país que se recubre con el simbolismo femenino, y que por lo tanto es más cercana a la función social de la mujer en ese entonces. En primer lugar me refiero a la tarea de organización de los materiales producidos en una etapa anterior, para su divulgación en el ámbito popular —lo que considero que fue definitivo en la posibilidad de que se acogiera a las mujeres dentro de este proyecto profesional. Efectivamente, como se verá en el siguiente capítulo, la división de las labores en torno al género estructural coincide con esto y en gran medida esta labor corresponde en la práctica a las mujeres que se forman en el instituto.

Por lo pronto me interesa recalcar que esta división de labores se encuentra sustentada por los objetivos mismos que se plantearon en su creación, es decir, como objetivos de la disciplina en concreto. Así, la divulgación fue una parte central del trabajo antropológico definido desde la escuela americanista heredada de Rivet, como lo dice Duque Gómez, director del instituto en ese entonces:

Esta sección (de museología, ha sido) colocada bajo el cuidado de las señoritas Edith Jiménez y Blanca Ochoa (...) siendo la difusión del conocimiento de los

¹⁶ *op. cit.*

¹⁷ Marta Herrera, “Las mujeres en la historia de la educación”, en *Las mujeres en la Historia de Colombia*. Tomo III, Editorial Norma, 1995, pp. 330-354.

elementos que caracterizan nuestras culturas prehistóricas una de las principales tareas y el fin último de los estudios americanistas.¹⁸ (Enfasis mío)

El museo en este sentido aparece como herramienta de legitimación del discurso científico de la antropología, y de la práctica arqueológica y etnológica. Por la magnitud de la responsabilidad de este campo en el país, hacer parte de esta actividad le otorga gran poder a quienes participaran en su organización. Es un medio para familiarizar al pueblo con estas culturas en tanto antecesoras suyas en épocas prehispanicas, a través de convertir lo indígena en una mercancía, por plantearlo como algo exótico, un *objeto de museo*. Es la popularización del *otro-propio* como objeto de consumo, lo que hace parte de un proceso de divulgación de las teorías raciales y evolucionistas de la época encubiertas en el discurso y la práctica antropológicas.¹⁹

Otro aspecto de la antropología como educación son las conferencias y los textos de divulgación sobre indígenas, que se dirigen hacia los profesores y en últimas a los alumnos de colegio, elaboradas en torno a los materiales arqueológicos y su interpretación científica en función del discurso nacionalista de la época.²⁰ Lo primero convertía a las mujeres antropólogas en maestras especializadas en el tema, evidentemente con un estatus especial por cuanto se encontraban en un nivel científico cercano a la producción de estos conocimientos.

Evidentemente esta *división del trabajo* se construye sobre la base de ideas que están autocontenidas en el discurso científico de la biología, por ejemplo, que por muchos años ha *comprobado* la existencia de diferencias a este nivel entre los sexos, lo que encubre la construcción social —genérica— de los mismos. Aquí es importante el estudio de Anne Fausto—Sterling²¹ sobre el mito de la desigualdad en la inteligencia entre hombres y mujeres. La siguiente es una cita en una de sus publicaciones en el tema, en que se exponen las ideas de que parte la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo dentro de un campo determinado para hacerlas *tan eficientes como su potencial lo permite*. Cabe recalcar que estas ideas son la interpretación *científica* de pruebas estadísticas, que como lo muestra el análisis de Fausto—Sterling al contextualizarlas históricamente, son legitimadores del orden social establecido,

¹⁸ Luis Duque, "El Instituto Etnológico Nacional y el Servicio de Arqueología en 1945", en, *Boletín de Arqueología*, vol I, No. 1, Bogotá, 1945, pp. 209-227.

¹⁹ Muratorio, Blanca (Ed), *Imágenes e Imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos en los Siglos XIX y XX*, Flacso, sede Ecuador, Serie Estudios Antropológicos, 1994, pp. 129-136.

²⁰ Duque, *op. cit.*, p. 218-219.

²¹ Anne Fausto-Sterling, *Myths of Gender: Biological theories about women and men*, Basic Books Inc NY, 1985.

así como su estatus como conocimiento objetivo y veraz, las convierten en pruebas empíricas para la reproducción del mismo:

Las hembras, en promedio, sobrepasan a los hombres en la fluencia verbal, el uso correcto del lenguaje, la ortografía, la destreza manual, habilidades comunitarias y la memoria automática. Los machos, en promedio, son superiores a las mujeres en la comprensión y el razonamiento verbal, el razonamiento matemático, la percepción espacial, velocidad y precisión en la reacción a estimulación visual y auditiva, la aptitud mecánica, y la habilidad de solucionar problemas. Estas diferencias sexuales prefiguran las diferencias entre las metas ocupacionales de hombres y mujeres.²²

Como la misma autora concluye, este tipo de trabajos realizados durante los años cuarenta en sicología y otras ciencias sociales, correlacionan las aptitudes que se denominan femeninas con la existencia de áreas de trabajo simbolizadas bajo la misma categoría genérica como son el arte, la literatura, los servicios sociales, y el trabajo como secretaria. En contraste los hombres parecen ser definidos por sus aptitudes, hacia la ciencia, las matemáticas, la ingeniería, la mecánica y la construcción —espacios todos simbolizados como masculinos. Es en este sentido que a la mujer se le abre un espacio en la antropología, espacio que por ello mismo la limita a la imagen de que lo que hace allí es *servicio social*, categoría que incluye el trabajo educativo, y de relacionarse con un sector necesitado de la sociedad como son los indígenas.

En cuanto a los textos de difusión es importante considerar primero que las publicaciones, como su nombre lo indica, son los espacios en la ciencia en que se da reconocimiento individual público y por lo demás es un medio de especial importancia en la constitución de la empresa científica. Podría decirse que es un ámbito eminentemente masculino en tanto históricamente es uno de los indicativos de la segregación de la mujer en la ciencia. Como tal, la publicación de mujeres en el sentido de la divulgación la ubica en una dinámica distinta: en primer lugar su labor se hace en nombre de la sociedad misma, en nombre de la transmisión del conocimiento, lo que excluye su autoría, lo que —hace al segundo punto— es evidente por cuanto ella no es activa en la *producción* de este conocimiento.

En cuanto a la escritura misma —en los cánones de la ciencia— ha sido calificada como una labor eminentemente masculina —así como la

²² “Females, on the average, surpass males in verbal fluency, correct language usage, spelling, manual dexterity, clerical skills, and rote memory. Males, on the average, are superior to females in verbal comprehension and verbal reasoning, mathematical reasoning, spatial perception, speed and accuracy of reaction to visual and auditory stimulation, mechanical aptitude, and problem-solving ability. *These sex differences foreshadow the different occupational goals of men and women*”. Garai y Scheinfeld, en Fausto-Sterling, *Ibid*, p. 23.

teorización—, argumentando nuevamente su *naturaleza* de objetividad para elaborar ideas y plasmarlas en textos, en oposición a la subjetividad que se relaciona con lo femenino.²³ Ello tiene dos posibles resultados, como en el caso descrito para el Instituto Etnológico en Colombia: primero que las mujeres sean simplemente segregadas de esta actividad. Lo segundo se puede correlacionar con la historia de la antropología norteamericana en las figuras de Margaret Mead y Ruth Benedict. Allí, a pesar de que hay un amplio espacio de reconocimiento de la mujer en la profesión en función de su labor de difusión, estas autoras fueron censuradas en su producción con argumentos acerca del carácter femenino y poco científico de su escritura.

Esto último es importante que se reconozca, pues así como en el caso de una de las mujeres del instituto—Virginia Gutiérrez de Pineda—, la investigación etnológica que se abre a la mujer parte de este mismo simbolismo plasmado sobre las comunidades de estudio: la mujer se especializa en aspectos domésticos, mientras el hombre explora el universo masculino que incluye la política, la magia, la guerra, la economía y la religión. En tanto esta división le da un lugar a la mujer, al estar dentro de la lógica de los simbolismos de género como ocupación, es decir como especialización, ella es subvalorada al ser relacionada con el carácter femenino de su objeto, y es en este mismo plano que se toman las publicaciones que sobre se realizan.

Pasaré ahora al análisis concreto de estos fenómenos en la organización del Instituto Etnológico, teniendo en cuenta en especial el que los patrones de segregación vertical y horizontal al interior de la institución científica se encuentran interrelacionados con el género simbólico que he estudiado en este capítulo y el género individual que es proyectado sobre ambas categorías a la vez.²⁴ Es decir que el género individual es el espacio inicial en que se teje un esquema simbólico en torno a las características biológicas de los sexos, construcción que se proyecta sobre la división de las labores en la sociedad y que se legitima en los principios del género individual al pretenderse natural. Es decir que este mecanismo es el mismo, por lo que encuentro total continuidad en mi análisis para corroborar lo dicho hasta ahora.

²³ Fox-Keller, *op. cit.*, Catherine Lutz, "The gender of theory", en Ruth Behar y Deborah Gorgon, *Women Writing Culture*, University of California Press, USA, 1995, pp. 249-266; Barbara Tedlock, *Works and Wives: on the sexual division of textual labor*, en Behar y Gordon, *ibid.*, pp. 267-286.

²⁴ Harding, *op. cit.*, p. 58.

Relaciones de género en la profesionalización de la antropología en Colombia

La disciplina antropológica se planteó varias metas al momento de su fundación, de las cuales las más importantes eran las de hacer una recolección sistemática de información acerca de los grupos indígenas en los aspectos de antropología física, lingüística, etnología y arqueología, y el análisis e interpretación de aquellos datos en el marco de la escuela etnológica, cuyos fines principales eran comparar y clasificar la información en función de preguntas globales acerca del origen y difusión de la humanidad —cultural y racialmente— en la tierra, además de la comprensión de las diferencias existentes en los mismos aspectos. Se podría decir entonces que había dos momentos del estudio etnológico: la recolección de información y su análisis en un nivel *teórico*.

El estudio de estas cuatro ramas fue institucionalizado tal como lo planteó el profesor Paul Rivet, y los alumnos que se dedicaron en mayor medida sobre los cuatro campos de recolección de datos fueron desde un principio Luis Duque Gómez, Milciades Chávez, Eliécer Silva Célis, Gerardo Reichel-Dolmatoff, y Roberto Pineda Giraldo. El producto de su trabajo fue publicado desde un principio en la Revista del Instituto Etnológico Nacional (1942-1950), y en el Boletín de Arqueología (1945-1951), ambas fundadas como órganos del instituto, y parte central de la legitimación de la actividad y de la comunidad con un carácter científico.

Por otra parte había metas que se consolidaron en otros campos de la actividad antropológica, como fueron los de la divulgación del contenido de las investigaciones a través del Museo Arqueológico, y la divulgación dentro de un espacio determinado para ello en el Boletín de Arqueología de las principales características de los grupos prehispánicos que habitaron el país, con un fin explícitamente educativo en torno a los elementos de la nacionalidad. Sobre estos dos campos se especializaron dos de las cuatro mujeres que entonces hacían parte del equipo de trabajo del instituto: Blanca Ochoa y Edith Jiménez.

¿Cómo interpretar lo anterior a partir de los conceptos de género? Hay varios puntos de vista y estudios de caso que me han permitido acercarme a dos de los aspectos que considero hacen parte de la problemática planteada: en primer lugar los estudios sobre *trabajo*, y segundo los que estudian la ciencia. Creo que ambos se ven claramente relacionados con los estudios sobre las *profesiones*, pues se puede decir que en el momento en que la ciencia se vuelve un trabajo —que requiere un entrenamiento y que es retribuida por medio de un salario— se le llama profesión. Sin embargo, también es interesante notar

que la historia de las profesiones representa la demarcación de espacios de inclusión o exclusión de ciertos grupos sociales, basados en el interés de controlar una ocupación en el contexto del sistema moderno de desempeño de las labores.²⁵

Los criterios con los que se *demarcan* las profesiones han sido estudiados en especial por la escuela de neo-weberianos, desde perspectivas formalistas y funcionalistas. Sin embargo, como dice Anne Witz,²⁶ la definición de que se parte en estos estudios desconoce el carácter genérico del concepto de profesión, que históricamente se puede relacionar con un grupo concreto de hombres de raza blanca en cuyo beneficio se desarrolla tal institución. Efectivamente, aunque la segregación que se plantea en la profesionalización de las labores se da explícitamente en relación con otros grupos dentro del género masculino —lo que tiene implicaciones clasistas, y ha sido estudiado desde la escuela neo-marxista— se ha desconocido la discriminación implícita que ha existido sobre el género femenino en las instituciones (Ibíd). Este fenómeno se hace aún más claro en cuanto las mujeres son incluidas al campo profesional, pero a su vez ya sea segregadas de algunas profesiones en concreto, o segregadas de ciertas labores que se relacionen con lo que culturalmente se define como femenino.²⁷

Por ello, a pesar de que la profesionalización de la antropología incluye a la mujer dentro de sí, mantiene una segregación laboral interna basada en criterios de género, es decir que hay una distribución desigual del poder, en jerarquías sobre lo masculino y lo femenino, siendo lo masculino valorado como superior. Es allí, en la *valoración* que se le da, que se le otorga el poder al hombre. Seré un poco más precisa: es cierto que dentro del imaginario de lo femenino hay varios referentes positivos sobre lo que la mujer es y debe ser. Entre éstos se encuentran los que ya he señalado en este capítulo como que el preocuparse y tener cierta inclinación hacia el cuidado de los demás (la palabra utilizada en inglés es *caring*) sea innato en ella; así mismo su papel de educadora por excelencia podría verse como una gran cualidad. Sin embargo estas posiciones no han sido valoradas como positivas dentro de una escala de valores que se oponga a las labores del género masculino, como pueden ser las de ser científico o

²⁵ Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión; Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 1994.

²⁶ Anne Witz, *Professions and Patriarchy* Routledge, London, 1992.

²⁷ Harding, *op. cit.*

ser médico, y es en esta medida precisamente que operan los sistemas de demarcación y segregación al interior de las labores, en cuanto al género.²⁸

Partiendo de un análisis que considere la segregación interna con criterios de género como un mecanismo vigente en las profesiones, tendré en cuenta tres criterios para evaluar esta situación en el Instituto Etnológico Nacional que son: el sistema de rangos, el reconocimiento a partir de las jerarquías establecidas en cuanto a salario y valoración de la labor y por último la vinculación proporcional que exista con la responsabilidad sobre lo doméstico de los actores. Cabe decir además, que una de las preguntas implícitas a la presente investigación es ¿por qué al existir ya políticas de promoción de la igualdad en los campos educativo y laboral, sustentadas muchas veces por estatutos legales, la vinculación de la mujer a este último ámbito resulta en la reproducción de los patrones de segregación por género?

Hombres-mujeres y antropología

La profesionalización, como decía arriba, tiene no solo un sistema de demarcación *hacia afuera*, que puede verse en un momento en los criterios de selección social del alumnado de la Normal Superior y luego del grupo que sería instruido bajo la disciplina antropológica en el IEN. En su interior los sistemas educativo y científico manejan criterios de segregación de diversa índole.

La problemática que allí se observa se da en relación al desempeño laboral concreto de estas personas que generan otro tipo de relaciones. Sobre ese entonces hay mayor conciencia de las mujeres, de su posición menos privilegiada en muchos sentidos. En primer lugar es importante ver la disociación entre los ideales de igualdad que eran posibles de mantener en la etapa educativa —y que se plantean así por las ideologías liberales—, pero que en el sector laboral revelan diferencias de género dentro de la especialización profesional.

Como he dicho antes, para abordar este problema he querido referirme a los mecanismos de segregación por género en dos sentidos: el *vertical*, que se refiere a la posibilidad de que se establezca una jerarquía al interior de la empresa científica en que uno de los géneros ocupe la posición que es valorada como inferior y el otro la superior. Un ejemplo de esto en el caso del Instituto Etnológico Nacional, se puede observar en especial si se tiene en cuenta que el cargo directivo fue siempre ocupado por un hombre, mientras las mujeres ejercían funciones subordinadas en tal organización. Otro elemento que permite corroborar esto es el que las mujeres tuvieran una remuneración

²⁸ Witz, *op. cit.*

económica menor que la de los hombres.²⁹ Ello está condicionado por la idea de que la mujer debe tener un sustento en la familia al estar cobijada bajo una relación matrimonial, mientras que al hombre le corresponde la situación contraria en que debe ser jefe de un hogar, demandando las primeras menos y los segundos más ingresos.³⁰ Es decir que en este aspecto hay una reproducción de la construcción de roles en torno a la división público-doméstico, al interior de la empresa científica.

En cuanto a la segregación *horizontal*, que es la especialización de tareas en función del género, he encontrado elementos de gran interés en la comprensión del género en la antropología colombiana durante los años cuarenta, que expondré a continuación.

En cuanto al período en que el Instituto Etnológico estaba formando a sus alumnos y alumnas, los testimonios son muy similares a los referentes a la época de la Normal, es decir, de Ciencias Sociales. El trabajo se realizaba por igual en las prácticas de terreno y demás, pues se trataba de que todos adquirieran los conocimientos básicos de las cuatro ramas de la Etnología. Por ello, lo interesante es ver cuáles son los caminos que cada uno de ellos toma, y hasta qué punto la organización del Instituto mismo en torno a ellos se acomoda a los criterios de género de la sociedad colombiana y de la ciencia misma.

En primer lugar haré una división de las labores en dos campos generales, que corresponden a las metas que he dicho antes que el instituto se planteaba como aportes a la ciencia y al país. De una parte está el campo investigativo y en otro el de divulgación de los resultados, de los que analizaré sobretodo aquellos que tienen un fin educativo y que están dirigidos al pueblo —los otros son cualitativamente distintos pues su lenguaje es técnico y evidentemente dirigido a un público especializado. Obviamente el criterio con que he hecho esta separación está relacionado con criterios de género; en cuanto los hombres trabajaron todas las ramas de la investigación indiferenciadamente, y así mismo publicaron exitosamente los resultados académicos de sus investigaciones.

Es en especial sobresaliente que el desempeño de las cuatro mujeres del instituto tenga sesgos marcados con relación a su condición de género. En un lado están las mujeres que se mantienen solteras durante un buen tiempo, mientras realizan sus estudios y desarrollan una carrera en el instituto. Su condición de soltería a mis ojos es definitiva para la dirección que ésta toma, pues ninguna se inclina por trabajos investigativos, sino que se mantienen en el campo de la *divulgación*; esto porque evidentemente la investigación de campo implicaba una incursión hacia el mundo masculino, para lo que haría

²⁹ Entrevista personal con Blanca Ochoa de Molina, octubre 25 de 1996.

³⁰ "Una emancipación bajo tutela. Educación y trabajo de las mujeres en el siglo XX", en *Historia de las mujeres. El siglo XX. La nueva mujer*, tomo 10. Taurus, Madrid, 1991, pp. 81-124.

falta estar acompañadas por un hombre; esto ocurrió a pesar que como se verá, tenían las capacidades y la formación para ello. Por otra parte, sus matrimonios coincidieron con su abandono casi total de la profesión, o por lo menos las llevaron a marginarse de su desempeño activo en ella.³¹ Finalmente un elemento que cabe mencionar es que estas dos mujeres mantuvieron una relación de gran intimidad pues venían juntas desde el colegio en Medellín, y se apoyaron —o se aislaron— la una en la otra frente a las presiones sociales y laborales que estas metas exigieron.

La condición de las otras dos mujeres, me enfrenta al problema que a pesar que ambas se dedicaron a la investigación, hay un elemento que favoreció aquello: su matrimonio con hombres del mismo instituto. Esto me ha permitido oponerlas a las mujeres de quien he hablado arriba, en razón de sus experiencias, que son radicalmente distintas. Sin embargo, ambas son expresiones del estado en que se encuentran las relaciones de género en la ciencia y me dejan ver los puntos de fuga de la forma como el poder se esconde tras el género y se reproduce en la ciencia misma. En este sentido la relación de estas dos mujeres, que en un espacio se muestran como totalmente femeninas, en otros se oponen la competencia que exige la producción científica; su apoyo estaba solidificado en su vínculo matrimonial, eje sobre el que girará su profesión, y así mismo, mi análisis.

En relación directa con la valoración que se le ha otorgado a los campos laborales, he dicho ya que la antropología tiene un elemento femenino que es el que en primer lugar hace posible la participación de mujeres en el Instituto Etnológico Nacional desde su fundación. Sin embargo, la segregación que tiene lugar en cuanto a las labores, se debe a que éstas se valoran como masculinas o femeninas a su vez. Son objeto de estas valoraciones en términos masculinos concretamente las subdisciplinas que en su práctica se organizan en *expediciones* y que para su análisis hacen uso de métodos cuantitativos *exactos*, lo que coincide con que fueran desarrolladas por los hombres. En relación con lo que expuse en los párrafos anteriores, las primeras dos mujeres, Blanca Ochoa y Edith Jiménez, se mantuvieron dentro del espacio femenino de las labores, la clasificación y la divulgación, lo que analizaré a continuación.

Clasificación y divulgación vs investigación de campo y medición

La arqueología moderna funda su credibilidad en su afiliación a técnicas de medición sofisticadas, como son avances recientes en el campo de la química. Además, el trabajo de campo en arqueología por su relación con el trabajo físico, el riesgo a desplazarse a lugares remotos de excavación, la

³¹ Entrevista personal con Edith Jiménez, noviembre 12 de 1996; entrevista personal Ochoa de Molina, *op. cit.*; entrevista personal con Virginia Gutiérrez de Pineda, febrero 14 de 1997.

necesidad de tener un carácter de mando frente a los grupos de peones que se utilizan para despejar el terreno y las partes difíciles, la necesidad de una proyección muy precisa sobre los lugares de excavación y la recolección de los materiales con una visión interpretativa son elementos que marginaban a las mujeres de tal actividad.

De igual forma los estudios que se realizaban sobre grupos indígenas requerían una movilización hacia territorios remotos, en arduas expediciones de varios días en nombre del conocimiento científico; la bandera de la ciencia representa poder, pretende conquistar nuevos territorios, apropiarse intelectual y materialmente de la cultura de las comunidades marginadas del país. El simbolismo de género recubre estas actividades bajo la masculinidad, pues el acto de abrir caminos, de penetrar y poseer se le atribuye directamente al hombre.³² La mujer en el extremo contrario es asociada a la naturaleza, es lo pasivo, el objeto a dominar.

Como la arqueología, la antropología física se apropia de métodos cuantitativos —estadísticos— y se vanagloria de ello por el estatus de científicidad que ello le otorga. A pesar de que en el IEN las mujeres fueron instruidas en su teoría, en la práctica ninguna realizó estudios en torno a ellas. Las pruebas de antropología física sobre hombres eran tabú para ellas. Así mismo los hombres evitaban al máximo las mediciones sobre mujeres, y al ser éstos los únicos que desarrollaron este tipo de investigaciones a nivel profesional, sus informes están siempre desequilibrados en los cálculos en relación con las muestras masculina y femenina; algunas veces inclusive la población es caracterizada físicamente sólo a partir de las mediciones sobre hombres. La siguiente cita de una entrevista con Duque ilustra esta situación:

En el campo de antropología física nosotros estuvimos trabajando —Ceballos, Silva y yo— entre los indios para hacerles fichas antropométricas; cogérlas por acá y tomarles medidas, ponerles calibrador y localizar la altura de la pelvis y de la nariz. Total que nosotros haciéndole eso a una india nos sacan de allá, entonces no hay ni una medida de mujer, porque no hubo ninguna discípula antropóloga física (para que hiciera ella el trabajo con la mujer, en campo), ni siquiera tocábamos el tema de la mujer, no vé que nos dañaba el ambiente (...) Entonces por eso todos los trabajos de antropología física en Colombia son con hombres. Algo (se hizo) con el *etnoesqueleto*, porque pues ahí ya no hay problema de coger la pelvis de la mujer muerta y no viva; entonces por eso hay estudios sobre cráneos femeninos y todas esas cosas que se han hecho en vivos.³³

³² Lutz, *op. cit.*, Tedlock, *op. cit.*

³³ Entrevista personal con Luis Duque Gómez, octubre 6 de 1996.

Es interesante que este tipo de concepciones sobre el cuerpo corresponden perfectamente al imaginario propio a la cultura de los investigadores, y que aparentemente era transpuesto sobre el mundo indígena para explicar las reglas de acceso sobre el cuerpo del otro. Además, cabe mencionar que ello representa una vía por la cual se determina la producción científica por los criterios de género.

Así, los que más se especializaron en antropología física fueron los hombres Duque, Silva y Chávez, que eran además arqueólogos. Este fue un objetivo central de investigación en sus *expediciones*, como lo demuestran los recurrentes artículos publicados de las correlaciones de *caracteres descriptivos* —la coloración de la piel, la forma y el color de los cabellos y de los ojos, la forma de las orejas, boca y labios— para clasificar un grupo humano dentro de un tipo físico. Hay otros caracteres que se denominan *antropológicos mesurables* y que consisten en una serie de índices cuya correlación se clasifica al grupo de estudio. En esta área también se incluían los *grupos sanguíneos* que tenían el fin de hacer correlaciones acerca de la ascendencia de los indígenas en un marco comparativo que hacía parte de las búsquedas etnológicas sobre el origen del hombre americano de Rivet.³⁴

La lingüística que fue una rama muy practicada por Paul Rivet en Colombia, hacía parte integral también de un estudio sistemático de los grupos que habitaban el país. Es cierto además, que había pocas herramientas desarrolladas para llevar a cabo este tipo de estudios, pues el primer instituto que tomó como objeto de estudio la lengua surgió paralelamente al Etnológico, en la misma Escuela Normal Superior; el Instituto Caro y Cuervo que tenía un fin distinto al del estudio de lenguas indígenas. Por ello el trabajo de estos antropólogos era prácticamente experimental. Sobresalen las investigaciones de Paul Rivet en el Chocó que aparecieron publicadas en la Revista del Instituto

³⁴ Graciliano Arcila, "Grupos sanguíneos entre los Páez", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol I, entrega 1. 1943, pp. 7-14; Luis Duque, "Grupos sanguíneos entre los indígenas del Departamento de Caldas", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol I, entrega 2. Bogotá, 1944; Henri Lehman, Luis Duque, y Miguel Fornaguera, "Grupos sanguíneos entre los Indios Guambiano Kokonuco", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol I, entrega 1, pp. 197-208. Henri Lehman, Alberto Ceballos, y Milciades Chaves, "Grupos sanguíneos entre los indios Kwaiker", en *Boletín de Arqueología*, vol II, 1947, pp. 227-230; Carlos Páez, y Kurt Freudenthal, "Grupos sanguíneos de los Indios Sibundoy, Santiagucoños, Kwaiker e Indios y mestizos de los alrededores de Pasto", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol I, entrega 2., 1944, pp. 411-415; Gerardo Reichel-Dolmatoff, y Alicia Dussán "Grupos sanguíneos entre los indios Pijao en Tolima", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, *Ibid*, pp. 507-520.

Etnológico,³⁵ y las notas sobre la *Lingüística del grupo Chocó* de Gerardo Reichel.³⁶

Estando Duque en la dirección, contando con el apoyo económico e intelectual de Rivet desde Méjico y posteriormente desde Francia, éste consiguió que Edith Jiménez y Blanca Ochoa viajaran a Perú con becas para especializarse en *arqueología andina*. Es interesante que más allá del campo arqueológico ellas enfocaron su práctica hacia la clasificación de materiales, lo que les daría un lugar preferencial para encargarse de la organización del Museo Arqueológico y Etnográfico, complementario a la parte investigativa del Instituto. Sobre ello recuerda Duque:

Se presentó la posibilidad de una beca en el Perú para perfeccionar estudios de arqueología para alumnos de Rivet. Blanca Ochoa y Edith Jiménez se fueron a Lima donde hicieron sus prácticas con Julio Tello y Rebeca Camellón y los grandes arqueólogos peruanos de la época, y al regresar entraron a trabajar en el Servicio Arqueológico como encargadas de museología en el museo, ya que venían muy motivadas con la organización de colecciones.³⁷

Es decir que el espacio en que la mujer interactúa con las disciplinas de Antropología Física, Lingüística y Arqueología es marginal. Solamente en el laboratorio arqueológico la clasificación de los tiestos en función de su exposición fue considerada como una labor *femenina*. Ello porque los requerimientos de esta labor correspondían con el carácter delicado, cuidadoso de la mujer, sobretodo en su gran capacidad de mantener el orden. La misma Blanca Ochoa, líder del proyecto de museología, decía:

Entonces a Edith y a mí nos confiaron la organización de la parte que era del Museo (...) pues porque todavía primaba mucho eso de que la mujer que a hacer el numerito, y que mejor que esté la mujer aquí en vez de irse a pasar trabajos al monte, y toda aquella cosa todavía existía.³⁸

No puede desconocerse la gran responsabilidad que recaía sobre ellas. Al museo llegaba la mayoría del material arqueológico y etnográfico con el objeto de exponerlo al público y darle una presentación adecuada para su interpretación por el pueblo en general —que se consideraba portador híbrido del aspecto

³⁵ Paul Rivet, "La lengua chocó", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol I. 1943.

³⁶ Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Lingüística del grupo Chocó", en *Boletín de Arqueología*, vol I, 1945, pp. 132-183.

³⁷ En Clara Isabel "La apropiación del pasado y presente indígenas: conformación de colecciones arqueológicas y etnográficas del Museo Nacional (1823-1938 y Museo Arqueológico y Etnográfico (1939-1948)", Tesis de Grado.

³⁸ Entrevista personal, Ochoa, *op. cit.*

indio. Esto se complementaba con un trabajo exhaustivo de investigación en materia de museología, al que se le dio un espacio en el Boletín de Arqueología para divulgar la importancia del museo, los criterios de clasificación y exhibición de los materiales, y hacer un breve recuento del estado de las colecciones en el Museo con el fin de promocionarlo.³⁹ La construcción de género marginaba de esta forma a la mujer de ejercer una labor práctica en los campos mencionados, en cuanto su imagen se reproducía en su apropiación de los espacios de la ciencia.

Paralelamente la elaboración de mapas en función de estos materiales y la difusión de estos conocimientos sobre el *pueblo*, fue gran parte del proyecto del Instituto tal como fue diseñado por Paul Rivet. No es casual además que Rivet fuera fundador del Museo del Hombre en París, y que de tal modelo se gestara la propuesta de un museo-laboratorio y escuela que sería el Instituto Etnológico. Nuevamente se ve que las encargadas de ello son Blanca Ochoa y Edith Jiménez, reconocidas como las apropiadas para la tarea de la divulgación, de la enseñanza y de la transmisión del conocimiento.⁴⁰ Tanto fue así que los artículos publicados por Jiménez llevaban un título didáctico como era el de Lecciones de prehistoria para primeros conocimientos, y en cada número del boletín se publicó una lección sobre un grupo diferente. En palabras de la autora el fin de estos artículos era:

dar un aporte a la cultura nacional (con) los datos más interesantes de las distintas culturas prehistóricas del país (con el fin de) servir a las personas que carecen de información (y a los) maestros de primaria (que son los) encargados de difundir en la niñez los sentimientos hacia la raza que poblaba América.⁴¹

Evidentemente este es un proyecto político de la mayor envergadura, es el proyecto mismo de crear conciencia nacional, tal y como se proponían los jefes liberales. Que tal labor estuviera a cargo de estas mujeres, revela cuánto el poder se distribuye entre los géneros en la medida en que socializar tal como se define en antropología, es un momento central de la reproducción social. Sin embargo la valoración que a ello se le da en la organización del Instituto, está en conexión con el ideal del carácter femenino y su capacidad de educadora; por

³⁹ Blanca Ochoa, "Organización de Museos", en *Boletín de Arqueología*, vol I, Tomo I, 1945; José de Recassens, "Notas de Museología. Conservación de las Cerámicas", en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, Entrega 1, pp. 27-37.

⁴⁰ Duque, 1945, *op. cit.* Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá. Enero de 1994.

⁴¹ Edith Jiménez, "Lecciones de prehistoria para primeros conocimientos: Los Quimbaya", en *Boletín de Arqueología*, Vol I, Tomo I, 1945.

ello al estar su lugar en la divulgación del conocimiento antropológico, representa en realidad un límite a las posibilidades de desenvolvimiento de la mujer en su profesión, justificado por su naturaleza—social o lo que es lo mismo, por su género.

Sobra decir que en tal ubicación laboral la retribución económica no era gran cosa—como me decía Blanca Ochoa, apenas lo necesario para mantenerse y vivir solas, pues en ese entonces ninguna de las dos había contraído matrimonio;⁴² por lo demás el reconocimiento social era mucho menor que el del director de la institución o de aquellos que por los temas de trabajo que desarrollaron promocionaron una idea exótica de la antropología—es decir no necesariamente al alcance de todos— con una producción antropológica propia y de mayor proyección teórica que la que pudieron tener ellas al margen de la investigación.

Hay que recalcar que estas dos mujeres desempeñaron estos papeles mientras estuvieron en condición de solteras. Al contraer matrimonio Jiménez con Santiago Muñoz y Ochoa con Gerardo Molina, ambas se segregaron del instituto, y se dedicaron la primera al hogar y la segunda a la docencia. Esto estuvo determinado principalmente por el tipo de relación conyugal que establecieron, en la que se partía de una valoración de la mujer en que no podía coexistir el aspecto profesional con el doméstico, privilegiándose el segundo para el género femenino. Este es un punto clave en la comprensión de la problemática de inserción de la mujer al ámbito profesional, entendiéndose a partir de la relación entre la profesionalización y el género según la siguiente idea:

Si bien muchas mujeres, una vez obtenida su credencial (profesional), emprenden un decidido camino de profesionalización, muchas otras no ejercen jamás su profesión, otras la ejercen como actividad secundaria en relación con su rol doméstico (...) La relación credencial universitaria—profesionalización que en los hombres (...) es una relación directa, en el caso de las mujeres graduadas la variable género introduce una infinidad de cuestiones que llenan de avatares su profesionalización.⁴³

Investigación etnológica: entre lo masculino y lo femenino

En el campo de la etnología, que involucraba muchas veces incursiones de terreno hacia zonas desconocidas, olvidadas y de difícil acceso, se quería

⁴² Entrevista personal, Ochoa, *op. cit.*

⁴³ Fernández, *op. cit.*, p. 213.

precisamente reconocer el territorio nacional en relación con sus habitantes nativos, de los que se buscó construir archivos rigurosos sobre su estudio en todos los aspectos de la ciencia antropológica: lingüística, mediciones físicas y descripción de su cultura material y social. Los viajes eran organizados como *expediciones* del grupo de investigadores del instituto y desde entonces se dividían entre ellos los aspectos de estudio.

Desde épocas de estudio, en el Instituto Etnológico se planteó que las mujeres viajaran en conjunto como parte del grupo de profesores y alumnos. Ello causaba escándalos públicos, ya fuera por el hecho de viajar con hombres o porque para mayor comodidad en el viaje éstas utilizaban pantalones, ropa de hombres no apta para señoritas, lo que representaba una transgresión explícita a la imagen femenina correcta. Al entrar en la etapa laboral del Etnológico, los principales investigadores en todas las ramas —de acuerdo con la regularidad de publicaciones en las revistas del instituto fueron: Gerardo Reichel, Luis Duque, Eliécer Silva, Milcíades Chaves, Roberto Pineda y José de Recasens. Reichel, Pineda y Chaves muestran mayor interés en desarrollar el aspecto cultural, con énfasis en la recolección de mitos y su análisis.

En cuanto se mantuvo rigidez en el método científico y algunos lograron construir verdaderas etnografías sobre los grupos indígenas del país, su trabajo durante los primeros años de la antropología colombiana, los condujo a carreras importantes en el campo de la Etnología, o de la antropología cultural posteriormente.⁴⁴ Estos casos son los de dos parejas de colegas del Instituto Etnológico, que traigo a cuento aquí, porque son ilustrativas de la problemática de género en la ciencia. Esto coincide con la separación que he hecho para las mujeres: Virginia Gutiérrez de Pineda y Alicia Dussán de Reichel, a las que he caracterizado por su matrimonio desde épocas tempranas de su carrera y con hombres investigadores del Etnológico. Sin embargo, las trataré separadamente para poder apreciar las sutilezas de su condición de antropólogas en el contexto de su relación de pareja.

Los Reichel

En primer lugar está la pareja de Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff, quienes desarrollaron una ordenada investigación con meta en la sistematización de las culturas del país en las cuatro ramas de la antropología. Esta afirmación, sin embargo, puede ser revisada en varios aspectos. Veamos; Gerardo Reichel llegó al país como refugiado de la guerra, al igual que la mayoría de los profesores de la Normal; sin embargo éste, por

⁴⁴ Echeverri, *op cit.*

ser más joven que la mayoría de aquellos estuvo bajo su formación, y al dedicarse a la Etnología se declaró en principio como discípulo de Paul Rivet.

Reichel no entró a jugar dentro de la jerarquía de los demás estudiantes del Etnológico, no sólo porque no formó parte del grupo en realidad, sino que se vinculó desde un principio como investigador. Cabe recordar que lo hizo en calidad de autodidacta —cosa que en Hernández de Alba se veía muy mal, pero en su caso el venir de tierras lejanas con un estilo intelectual europeo, lo hacía estar por encima de los demás, parecer descendiente directo de la tradición científica, y merecedor de un lugar en el grupo de investigadores.

Al poco tiempo Reichel conoció a Alicia Dussán, la cuarta de las mujeres egresadas del Etnológico y sobre quién hasta ahora no he hecho mención. Ello por razones concretas: Alicia Dussán hacía parte de una familia muy acomodada de la ciudad de Bogotá, y como era costumbre en la época, viajó a estudiar en Europa al terminar sus estudios de bachillerato. Hizo parte de la carrera de Derecho en Alemania, y al volver a Colombia entró a la especialización en Etnología al Instituto. Es decir que Dussán no tuvo una historia similar a la de Gutiérrez, Ochoa o Jiménez, lo que según ella misma es determinante en que su carrera haya tenido otro rumbo.⁴⁵ Estando en el Instituto Dussán y Reichel, contrajeron matrimonio, lo que es determinante para ambas carreras como se verá a continuación.

Comenzaré señalando que en las revistas del Instituto Reichel es el investigador con mayor número de publicaciones. Así mismo, se supone que en gran parte el trabajo de campo se realizaba en conjunto con Dussán y sin embargo ella no publica ningún artículo durante todo el período de mi estudio. Las razones de esto, son las que analizaré a continuación. Alicia Dussán es una voz muda en los trabajos de Gerardo Reichel. No toma parte en la publicación de la mayoría de los textos de divulgación de las expediciones realizadas por ambos, lo que evidencia que si bien la recolección del material y su análisis fue un trabajo conjunto, la publicación no. Pocas veces es reconocida siquiera por ello, como puede entenderse a partir de la introducción a *Los indios motilones, etnografía y lingüística* por Gerardo Reichel-Dolmatoff:⁴⁶ “El presente estudio está elaborado basándose en los datos que el autor y su señora obtuvieron” (el énfasis es nuestro), sin embargo el texto se desarrolla en primera persona. Calificativos como su señora expresan que Alicia Dussán no está allí por sí misma, no es una investigadora autónoma, ni tiene un campo de estudio propio.

⁴⁵ Comunicación personal de Alicia Dussán de Reichel.

⁴⁶ Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Los indios Motilones” (*Etnografía y Lingüística*), en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol II, Entrega 1, 1945, pp. 15-115.

Este fenómeno de afiliación de parejas de investigadores en que la mujer es opacada por la figura del marido es recurrente en la historia de la ciencia, y se ha considerado que esto sucede específicamente con las mujeres, pues hay una segregación de éstas de la labor científica, y cuando se da el caso de que alguna participe en ella, lo más probable es que sea desconocida en el imaginario social, dándole el mayor crédito al hombre por el trabajo.⁴⁷ Pues bien, este es definitivamente el caso de Alicia Dussán. Podría suponerse que ella no tuvo en realidad ningún mérito en la obra de Reichel, pero la ambigüedad con que se le ha reconocido —como coautora de algunos artículos y de un libro— hace sospechar que no es así. Por lo demás el testimonio de una de las hijas de los Reichel-Dussán me permite ilustrar mi punto:

Si bien la antropología comenzó con bastantes hombres y mujeres (...) los hombres han opacado a las mujeres. Lo pienso concretamente en el caso de mis padres Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán de Reichel. Los dos hicieron terreno juntos, yo los veía salir y volver años después (...) publicaban juntos, hacían las pruebas de edición juntos, pero a quien se reconoce en la historia y a quien se condecoró fue a Gerardo Reichel. Hay gente que pregunta si Alicia es antropóloga, siendo que yo los vi hombro a hombro. Mi mamá hizo la tipología de la arqueología de Ranchería en cuatro patas embarazada, y todo el mundo dice: No, que perspicacia la de Reichel, que tipología tan increíble. Resulta que la hizo la señora de él.⁴⁸

La imagen que se tiene entonces es la de Dussán como una esposa-colaboradora, y efectivamente sobra decir que Gerardo Reichel es mundialmente reconocido por sus aportes a la antropología y ella no lo es. Como dice Rossiter, en parejas que trabajan en colaboración “la esposa es sistemáticamente desconocida, ya sea deliberadamente por razones estratégicas, o inconscientemente a través de estereotipos tradicionales”.⁴⁹ Es así entre hombres y mujeres de la comunidad antropológica, en que se afilia el trabajo de campo y la interpretación que subyace a su obra con la figura de Reichel, desconociendo el papel que Dussán jugó allí. Inclusive es frecuente que se le desprecie por su figura pasiva. La opinión del antropólogo León Reines como

⁴⁷ Margaret W. Rossiter. “The Matilda Effect in Science”, en *Social Studies of Science*, vol 23, SAGE, London, Newbury Park and New Delhi, 1993, pp. 325-341.

⁴⁸ Entrevista personal de María del Pilar López a Elizabeth Reichel, en “Aportes a una Antropología con perspectiva de Género en Colombia”, Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1995.

⁴⁹ “the spouse (usually it is the wife) is systematically underrecognized, either deliberately for strategic reasons or unconsciously through traditional stereotyping” Rossiter, *op. cit.*, p. 330.

aparece en una entrevista personal realizada por Jaime Arocha, ilustra mi idea perfectamente:

Alicia no es antropóloga. *Alicia es antropóloga por reflejos de Gerardo.* Claro que la vivencia y la experiencia de ella es mucho más grande que la de cualquiera de nosotros, y que *si ella lo pudiera expresar técnicamente* sería sensacional. Ella aprendió directamente del mejor maestro, pero *el mismo Reichel se burlaba de ella.*⁵⁰ (énfasis mío)

La declaración arriba citada es una reducción de la ciencia antropológica a una técnica, y de acuerdo con los *estereotipos tradicionales* dado que Alicia Dussán es una mujer se asume que no tiene la capacidad de hacer uso de ella; al decir que ella *no puede expresarse técnicamente*, hasta el punto en que Reichel se burlaba de ella, Reines reproduce la imagen que se proyecta sobre Dussán por el imaginario social de mujer y ciencia. Pero es posible también que ésta fuera la imagen que el mismo Reichel estuviera interesado en mantener, pues no ha de ser extraño que en la cúspide del poder sólo haya campo para uno. Entonces sucede lo que dice Rossiter, es la estrategia de “casarse con su colaborador (...) para eliminar un rival serio en la carrera por el reconocimiento”.⁵¹

Cabe mencionar que este problema concreto de la relación Dussán-Reichel representó en mi investigación un tema espinoso. Al entrar en él en mis entrevistas, las personas manifestaron su incomodidad frente al mismo, pidiendo dejar de lado el tema. Esto manifiesta el hecho ser éste en efecto un tema difícil en la historia de la Antropología colombiana.⁵²

Hace falta entender por qué Dussán mantiene esta situación desde los años del Etnológico. Es sugestivo encontrar preguntas como “¿tú crees que Reichel hubiera producido igual si Alicia no hubiera tenido tanto dinero?”.⁵³ pues es reconocido que la situación económica de esta pareja hizo posible que se financiaran tantos años de investigación social, ya que desde un principio el proyecto antropológico en el país estaba fuera del presupuesto nacional y funcionaba con donaciones mínimas de Rivet y los franceses libres. Las investigaciones más importantes de los Reichel, como es la del Río Ranchería, se llevaron a cabo en la época en que ya el Instituto Etnológico estaba muriendo, y los únicos antropólogos que producían eran ellos a través del Instituto Etnológico del Magdalena que ellos mismos fundaron en 1951.

⁵⁰ Entrevista personal de Jaime Arocha a León Reines, agosto 8 de 1979.

⁵¹ “marrying one’s collaborator may be a strategy for undercutting a serious rival in the race for recognition”. Rossiter, *op. cit.*

⁵² Entrevista personal con Gutiérrez de Pineda, *op. cit.*, entrevista personal con Duque, *op. cit.*, entrevista personal con Pineda Giraldo, *op. cit.*

⁵³ Entrevista personal de Arocha a Reines, *op. cit.*

Es posible que este fenómeno de desconocimiento sistemático en la arqueología —como en el caso del Río Ranchería— estuviese dado en relación con lo que he hablado mucho más arriba sobre que ésta es una subdisciplina que se pretende dura, lo que se relaciona exclusivamente con lo masculino. Que suceda así en la etnología plantea otras preguntas, pues su metodología ha sido considerada como femenina por su enfoque cualitativo en cuanto a la descripción y el análisis.⁵⁴

Considero que es así, porque la forma en que se ha planteado la escritura etnográfica pretende dar una mirada total a la cultura de estudio, lo que por lo general ha llevado a que se ignoren las construcciones de género en aquella. Estas han sido sin embargo parte de las dificultades de los etnógrafos al enfrentarse a una comunidad, pues se hace evidente que solamente con una contratante femenina se logra explorar el mundo de las mujeres en el grupo. Esto suele superarse cuando los hombres viajan con sus mujeres a campo y a través de ellas —ya sea porque éstas son antropólogas o por su desenvolvimiento en la comunidad que les da acceso al mundo femenino— obtienen la información necesaria para escribir una etnografía.⁵⁵ Evidentemente en el momento de escribir no es necesario hacer un reconocimiento al trabajo de la mujer, por la condición de narrador omnisciente en que se plantea el etnógrafo frente a sus descripciones.⁵⁶

Es así por ejemplo en el caso de la primera edición de la etnografía sobre Los Kogi en los dos últimos volúmenes publicados de la Revista del Instituto Etnológico Nacional en los años de 1950 y 1951. Pruebas empíricas como fotografías y testimonios nos dejan saber que Alicia Dussán participó de las expediciones al lugar y por lo que he dicho se puede deducir que tuvo una importante participación en la recolección de la información; sin embargo la etnografía no deja verlo así, y en últimas, ésta es publicada bajo el nombre único de Gerardo Reichel.

Todo ello me sugiere preguntas importantes. ¿Existe una división por género del trabajo etnográfico? ¿se plantea así desde la cultura del investigador solamente o además es así en las relaciones de campo con el grupo de estudio? Si es así ¿existe algún aporte teórico concreto que se derive de la participación de la mujer en la ciencia etnográfica? Estas preguntas han dado origen a un apartado posterior al final de este capítulo, en torno a la relación del género y la producción antropológica.

⁵⁴ Lutz, *op. cit.*, Tedlock, *op. cit.*

⁵⁵ Tedlock, *Ibid.*

⁵⁶ Marcus, George y Michael, Fischer. *Anthropology as Cultural Critique An experimental moment in the human sciences*, The University of Chicago Press, 1986.

El caso de Alicia Dussán puede ilustrar algunos de estos puntos: su trabajo fue absorbido por la totalidad de la etnografía publicada por su esposo, por lo que no se hizo evidente. Sin embargo temáticamente estos trabajos contienen un elemento de análisis que cualitativamente evidencia la presencia de la mujer: el estudio de cultura y personalidad. Si bien este énfasis se vuelve mucho más fuerte en los años posteriores al Instituto Etnológico, la mirada cualitativa sobre la cultura se hizo indispensable para los antropólogos que se encontraban ya bajo la influencia de la escuela norteamericana.

En cuanto a los Reichel se ve un primer intento por determinar un espacio propio para ella al aparecer su primer artículo *Características de la personalidad masculina y femenina en Taganga* publicado en la Revista Colombiana de Antropología de 1954. Hago mención de él —a pesar de estar fuera de mi marco temporal de estudio— porque evidentemente se trata de una mirada que da relevancia al proceso de socialización de los niños, en el que la mujer, la madre, cumple un papel esencial. No hace falta repetir por qué esta problemática aparece como más cercana a la mujer en el campo, y a partir de allí su participación en la investigación etnográfica es muy valiosa.

Gutiérrez y Pineda

Las preguntas que he formulado son relevantes en igual medida al traer a cuento la segunda pareja que se desempeñó en el campo de la Etnología y en este sentido me permite explorar elementos radicalmente distintos en cuanto a las relaciones de género en la ciencia. Su relación se remonta a la Escuela Normal Superior: son Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez. Sus testimonios sobre la relación que tuvieron reflejan que el que hubiera surgido en el salón de clase hizo que no estuviera sesgada únicamente a la relación de pareja, ni a la laboral, sino que se hicieron grandes amigos y como ellos mismos plantean, compañeros.

Ya desde sus primeras expediciones en calidad de estudiantes estaban juntos, y al contraer matrimonio la condición de mujer de Gutiérrez se hizo un poco menos visible: no era ya una mujer sola quien viajaba, estaba comprometida en su matrimonio y desde aquel se proyectaba en la actividad laboral. Las expediciones por lo tanto se hacían mucho menos inseguras para ella, y la investigación se desarrollaba en un sentido —no explícito— en complemento con Pineda entre los aspectos que cada uno observaba.

La primera publicación de Gutiérrez corresponde a un número completo de la Revista del Instituto Etnológico, bajo el título de *Organización social en*

la Guajira.⁵⁷ La expedición en que ella realizó esta investigación fue anunciada varias veces en el Boletín de Arqueología, pues allí estuvieron además Milciades Chávez, Roberto Pineda, José de Recasens y su esposa María Rosa Mallol de Recasens.

El trabajo de Pineda resultado de esta expedición es titulado Aspectos de la magia en la Guajira,⁵⁸ y en él Pineda elabora a partir de los piaches o brujos de este lugar una etnografía sobre el papel de la magia en esta cultura, su imaginario social y biológico, que él supone se proyecta hacia los aspectos políticos y económicos. En la introducción de la obra Pineda dice:

El trabajo a que sirven de introducción estas líneas se basa en fichas cuidadosamente recogidas por nosotros, en especial por mi esposa, la señora Virginia Gutiérrez de Pineda, quien galantemente las cedió para ser estudiadas y complementadas con las nuestras.⁵⁹

Es decir que a pesar que sus miradas se enfocaban hacia espacios diferentes, los esposos se complementaron y sin embargo realizaron una investigación propia cada uno. La publicación separada lo reitera. Gutiérrez ha escogido desde entonces hacer un estudio que concierne a la Organización Social —y digo desde entonces, porque ese campo sería una de sus especializaciones posteriores en la disciplina— lo que definitivamente se desarrolla por su condición de género. Esto se puede ver en los aspectos concretos de su trabajo, es decir el índice de su monografía: 1. Prenatales. Parto. Niños; 2. El niño mediano; 3. Iniciación de las jóvenes; 4. Prematrimoniales; 5. Matrimonio; 6. Maternidad...

Todo ello tiene una dirección concreta hacia la comprensión total de la construcción de esta sociedad, de su imaginario social que se reproduce en la niñez y se marca con ritos de paso concretos como el matrimonio, o la iniciación de las jóvenes, aspectos que en realidad, según Gutiérrez expresan el orden y la organización clanil de la sociedad guajira. Su enfoque parte de “cómo funcionan en (la) comunidad el individuo y sus instituciones”,⁶⁰ lo que le permite profundizar sobre aspectos de socialización y de normatización que ella encuentra en las etapas de niñez y de simbolización de los niños y la familia.

Como he dicho para el caso de Dussán, existe un sesgo en que la mujer tenga acceso a este tipo de información, tal vez por sentido práctico o porque

⁵⁷ Virginia Gutiérrez de Pineda. “Organización social en la Guajira”, en *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, vol III, entrega 2, 1948.

⁵⁸ Roberto Pineda Giraldo, “Informe preliminar sobre aspectos sociales y económicos de la Guajira”, en *Boletín de Arqueología*, vol II, 1947, pp. 529-572.

⁵⁹ *Ibid*, p. 8.

⁶⁰ Gutiérrez de Pineda, *op. cit*, p. 237.

su imaginario le lleva a interesarse por las representaciones femeninas y de la organización doméstica en el estudio transcultural. Así mismo, el estudio de Pineda aborda problemas que se desprenden de estos espacios y que se refieren más al problema político y simbólico de la cultura guajira. Pineda trata aspectos como la salud, la magia, el sacrificio, el imaginario sobre el bien y el mal, que se encuentran no sólo en un nivel abstracto —la abstracción se relaciona con lo masculino— sino que también se materializan en el mundo del poder político y ritual que corresponde a los hombres —los piaches son en su mayoría hombres.

Al contrario de lo que sucede con el matrimonio Reichel-Dussán, la relación de esta pareja muestra rasgos de complementariedad en el trabajo; lo que he encontrado que se organiza de acuerdo a los criterios de género, es decir en concordancia con los simbolismos de los espacios masculino y femenino que se proyectan sobre el campo de investigación. Que ello sea así no ha implicado una subvaloración del trabajo de ninguno; al contrario, a continuación señalaré que ha sido un elemento que pragmáticamente ha determinado la carrera de ambos esposos.

La división de las labores domésticas respecto a la familia en concordancia con los modelos de la época determinó que en gran medida Gutiérrez trabajara sólo medio tiempo mientras se encargaba de sus hijos pequeños. Ello por un lado ha sido valorado públicamente, pues se le reconoce a ella como “mujer prodigiosa que ha sabido combinar sabiamente las funciones de esposa, madre, ama de casa, investigadora, docente”.⁶¹ Sin embargo, se desconoce que esta misma situación para Pineda ha significado un menor acceso al campo de investigación y por lo tanto de reconocimiento social.⁶²

Así, el tiempo que Gutiérrez pasaba en casa le permitía desarrollar investigaciones dentro de su propio interés, mientras que Pineda se vio obligado a vincularse durante toda su carrera a instituciones estatales —para cumplir su rol de marido encargado de la economía familiar— y estuvo por tanto marginado de la producción antropológica.⁶³ Es así como Virginia Gutiérrez de Pineda tiene una obra inmensa en torno a la Organización Social y la Antropología Médica en Colombia que ha sido reconocida nacional e internacionalmente, y actualmente se le reconoce como una de las mujeres más importantes en el desarrollo de la ciencia en el país.⁶⁴

⁶¹ Marta Herrera y Carlos A. Low. “Virginia Gutiérrez de Pineda: Una vida de pasión, investigación y docencia”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol XXIV No. 10, 1987.

⁶² Entrevista personal, Gutiérrez de Pineda, *op. cit.*

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ Asociación colombiana para el Avance de la Ciencia -ACAC- *Premio Nacional al mérito científico 1994: Virginia Gutiérrez de Pineda*, editado y recopilado por Ligia Echeverri de Ferrufino, 1995.

Conclusión

Para finalizar quisiera concluir varios puntos acerca de la relación género y ciencia en la primera década de Antropología científica colombiana. Los simbolismos de las subdisciplinas en torno al género han correspondido con la inclusión o exclusión de las mujeres de estos campos laborales. En torno a las que se pretenden exactas, los casos de Blanca Ochoa y Edith Jiménez demuestran que el papel de la mujer se hace marginal, entrando a participar en otros campos de igual importancia en el desarrollo institucional de la profesión, pero que no son reconocidos de igual forma por estar encubiertos con el estereotipo femenino de la época.

Por lo demás, la participación de estas mujeres en la ciencia estuvo interrumpida por sus matrimonios, es decir que son segregadas del espacio de relaciones sociales que hay en torno a la ciencia y se proyectan hacia otras relaciones sociales en el campo familiar. Esta situación plantea una división dentro de la *categoría mujer* al interior del IEN, en oposición a la situación de aquellas que se desarrollaron de forma cercana a la investigación.

Por ejemplo en la Etnología la participación de mujeres se vio condicionada en un primer momento por tener un apoyo en la relación marital con un antropólogo. Su desempeño final en el campo corresponde a su vez con su posición en la jerarquización en esta relación; en el caso de Dussán su condición de mujer la relegó del reconocimiento laboral a pesar de su participación en él, mientras que Gutiérrez tuvo una ventaja sobre Pineda desde esta misma posición por cuestiones prácticas.

Esto último ha determinado la posibilidad de ampliar la dimensión del quehacer antropológico al profundizar las *antropólogas* en aspectos que siendo más cercanos a la condición femenina le otorgan la posibilidad de desarrollar una obra única y reconocida como tal científicamente. En este sentido, para finalizar, a continuación retomaré las preguntas planteadas acerca de la relación del género y la producción antropológica.

En resumen, en cuanto al *género* en la antropología colombiana de los años cuarenta la división de las tareas estuvo dada en dos sentidos generales: uno es cuando los hombres se circunscriben al espacio de la producción científica mientras que las mujeres entran a hacer parte del espacio divulgador, en relación con los objetivos de la disciplina en el país. El otro está dado cuando las mujeres acceden al campo investigativo a través de la etnografía, en tanto esta labor es valorada como femenina en oposición a las demás subdisciplinas de la antropología que son la arqueología, la antropología física y la lingüística, todas de las cuales hacen uso de métodos cuantitativos y son practicadas por los hombres en el instituto.

Además de lo anterior, hay una relación entre el estatus de solteras de las mujeres que se mantienen marginadas del trabajo investigativo a la vez que aquellas que acceden a éste lo hacen en condición de esposas de hombres antropólogos. Esta segunda situación está determinada a su vez por las relaciones de género, en los dos sentidos en que se ha ilustrado.

Por último, es importante concluir que esta entrada de la mujer a la actividad científica como investigadora se dió en torno a los campos de estudio que se relacionaban con su género como son la organización social, la familia y los procesos de socialización, además de que se rescató el papel de *la mujer* en tanto objeto del estudio de tales aspectos —lo que puede considerarse como una incursión en el aspecto de género en antropología. En este sentido la presencia de mujeres en la antropología colombiana *revolucionó* tal práctica, en tanto se ampliaron los límites y las dimensiones de la materia de su estudio.